

- *El tragaluz* -

Gustavo
Hernández
Becerra



Brau-Teatre

Sábado 1, diez y media de la noche, Les Voltes del Pallol, Brau Teatre y «L'actor que dansa». Aquello era teatro del difícil, del desprovisto de texto. Teatro desnudo también de utilería, de artificio. Aquello era puro trabajo de actor en tensión, desarrollando una especie de partitura musical improvisada a base de instrumentos rudimentarios. Teatro onírico, indefinible, hermoso y alucinante, como el crepitar de una llama. Arriba, en el escenario, un actor tableteaba una música repetitiva e hipnótica y otros dos ejecutaban una danza de movimientos lentos. Abajo, el público casi no se atrevía ni a respirar. Arriba era la vida y la muerte, el deseo, la posesión, el rechazo, la dominación, el hombre amo/esclavo, la mujer ama/esclava, la lucha, la cacería, la fuga, el miedo. Arriba era cualquier cosa porque las sugerencias eran múltiples. Pero, sobre todo, era tensión. Una tensión que trascendía al público y que devolvía al teatro su antiguo carácter de ritual. Es teatro nuevo, libre de texto, en donde la palabra, esa reciente invención de los humanos, deja lugar al ruido y al gesto, las formas originarias de la comunicación. Es un teatro adelantado a su tiempo pero que se muerde la cola con lo atávico, lo ancestral del hombre. Es un teatro que nace de muy dentro de cada uno de los actores, que sabe lo que es luchar contra las limitaciones del propio cuerpo; del largo caminar tras métodos de expresión nuevos. Es teatro que nace del conflicto y que se presenta como conflicto. Es un conflicto del actor consigo mismo y con una serie de elementos —escasos elementos: un manto, una máscara, una horca...— con los que mantendrá a su vez una serie de relaciones. Cada elemento servirá a la vez de objeto y estímulo. Y cada actor se convierte también en objeto y estímulo para los otros actores. Es teatro que nace de la improvisación y termina en una perfecta sincronía. Es poesía visual que se debe observar con la misma absorción e inocencia con que se contempla la lluvia, una ola, una hoguera. La cadencia del espectáculo es tal que arrulla al espectador con imágenes y sonidos suaves pero también lo electriza con climas violentos. Es teatro que crea una atmósfera y atrapa al espectador, que lo sobrecoge e impresiona, que, como todas las cosas bellas, sólo se deja intuir, no poseer ni razonar.